

HAY QUE ATACAR EN TODOS LOS FRENTES.... Y VIGILAR LA RETAGUARDIA

Mesanza, Jesús M^a

1997

Jesús M^a Mesanza es técnico de educación ambiental del Centro de Estudios Ambientales (CEA) del Ayuntamiento de Vitoria

Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)



Como podéis comprobar, desde el comienzo utilizo una expresión militar, y por tanto, en base a la filosofía que impregna los criterios generales de la educación ambiental, ni siquiera el título sería admisible, de forma que, si así lo creéis, podéis prescindir de este pequeño artículo y pasar al apartado siguiente de la carpeta.

Empezaré diciendo que en los últimos meses he tenido la oportunidad de asistir a varios congresos y jornadas de educación ambiental con temáticas bastante diversas, pero siempre interesantes. Hay un hecho, no por destacable menos conocido, que resulta común a todos estos eventos, y es la capacidad infinita que tenemos la mayoría de los participantes de encontrarnos siempre con los mismos problemas generales. Esta curiosa capacidad resulta independiente del carácter privado o público, voluntario o profesional, formal o no formal, etc. de los implicados. ¿Cuales son estos problemas?. Bueno, hay muchos, pero podríamos citar entre otros:

- la falta de información sobre.....
- la falta de interés de.....
- la escasez de programas que se desarrollen en
- la ausencia de proyectos basados en el equilibrio entre.....
- el escaso apoyo a.....
- la indefinición de.....
- la no coordinación entre.....

Y yo me pregunto, ¿no sería mejor "problemizar" menos e intentar hacer más educación ambiental?.

Un argumento muy utilizado para defenderse en las batallas incruentas que, profusa y jovialmente, entablamos los participantes en estos foros, es la extrema juventud de la educación ambiental. Según las diferentes opiniones la edad de la educación ambiental varía entre 20 y 25 años, según nos atengamos a la moda de París de 1970, al síndrome de Estocolmo de 1972, o al sagrado efecto Tbilisi de 1977.

De acuerdo, es cierto que la educación ambiental necesitaba convertirse en hija legítima de la voluntad internacional, y que requería para ello un nombre y un apellido oficialmente reconocidos, pero en vez de recordar tan fielmente su cumpleaños, quizás debiéramos invertir más tiempo en ayudarle a crecer.

Por otra parte, y siguiendo con este tema, pienso que, en un periodo de tiempo que ha conocido la expansión generalizada del ordenador, del fax, de la mensajería urgente y, sobre todo, de las grandes redes de comunicación, como Internet, resulta muy discutible hablar de la juventud de un fenómeno, que ya tiene, según el convenio general, 25 años. Además, yo imagino que hace 30 ó 40 mil años, alguno de los primeros homínidos de la península debió lanzar unos gruñidos a su compañero cuando la caza empezó a escasear, e inició, sin querer, la educación ambiental en el actual estado español. Hoy en día, con lenguaje no siempre mucho más sofisticado, seguimos gruñendo y haciendo educación ambiental.

Creo, en fin, que la educación ambiental no es tan joven, y que los medios humanos, económicos y físicos, destinados a esta faceta, fundamental, de la formación ética del ser humano, son, en conjunto, numerosos. Además, las metodologías desarrolladas son, a menudo, extraordinariamente imaginativas y eficientes. En realidad, me atrevería a decir que la educación ambiental reúne a un colectivo de personas, con una voluntad y una capacidad de creación y trabajo difíciles de igualar. El problema es que los medios están distribuidos de forma ineficaz, que los esfuerzos no están coordinados y que las acciones emprendidas carecen de garantías de continuidad.

En efecto, la educación ambiental tiene problemas muy graves, de índole muy diversa, pero no demasiado diferentes de los que tienen otros tipos de educación, u otras formas de ganarse la vida. La educación ambiental tiene el gran defecto de hacer felices a los que la practican, cuando consiguen algún éxito en sus acciones, tiene el problema fundamental de reunir a pequeños héroes, que creen en lo que hacen, y arrastra, además, el espantoso destino de ser más grande cada día, y de ser capaz de conseguir que la acaben tomando en serio.

Bueno, y eso de atacar en todos los frentes y vigilar la retaguardia, ¿A qué viene?, ¿A qué tanto bombo y platillo, para acabar en nada?. Bien, la frasecita de marras la he querido utilizar para referirme a la necesidad de ejercer la educación ambiental en todos los ámbitos, y a la, no menor, necesidad de recordar que, cuando se avanza con demasiado ímpetu en un tema, la realidad cotidiana puede quedar oculta tras la refulgente teoría.



Lo que quiero decir, es que no estaría de más dejar de hablar de la necesidad de crear programas, y actividades, de educación ambiental para los adultos, para los profesionales, para la administración, para el ciudadano de a pie; en fin, para los siempre nombrados, y nunca considerados. No, no estaría de más pasar, ya, a la acción. No estaría de más recordar que nuestro medio urbano habitual, el medio rural, el medio industrial, y las complejas interrelaciones que mantienen entre ellos, son objetivo prioritario de la educación para un desarrollo perdurable (o educación ambiental), hoy en día, a mi modo de ver, muy por delante, del omnipresente, y largamente galardonado, medio natural. No estaría de más, en fin, acordarse de todos los frentes....

Y vigilar la retaguardia, porque creo que hay un grave peligro en implementar programas que permitan extender el paradigma ecológico hasta una perspectiva axiológica debidamente vertebrada, la cual, sin embargo, está alejada a años luz de mi vecino, el del cuarto derecha, que sigue vaciando el cenicero del coche en la calle, de mis compañeros de aquel colegio, que aún piensan que el papel reciclado es muy caro e, incluso, de los chavales del instituto, que, todavía hoy, en la ESO, siguen sin saber que es "eso" del efecto invernadero.

Pisemos el suelo al nivel de los zapatos de todos, recordemos que Gaia, nuestra madre, tiene muchos hijos, la mayoría de los cuales son condenadamente difíciles de convencer, y sigamos haciendo educación ambiental, que es lo que nos gusta.